

De nuestras raíces

El lector de tabaquería

Por SERGIO R. SAN PEDRO

El lector de tabaquería, que fue usado como término despectivo en los primeros años del siglo XX, tuvo una importancia muy grande en el desarrollo del movimiento obrero en Cuba. La lectura se inició en el taller de tabaquería El Fígaro, en diciembre de 1865 ante los aproximadamente 300 torcedores.



En La Habana se publicaba, en esa época, un semanario que se identificaba con los artesanos y se llamaba *La Aurora*. Este semanario publicó un artículo del que copio: “En la gran fábrica de tabacos El Fígaro se ha establecido la costumbre, que honra altamente a los operarios, de que haya uno que, en voz alta, lea las obras escogidas en tanto que los demás trabajan, para cuyo efecto cada operario contribuye con su correspondiente cuota a fin de resarcir el jornal que el lector deja de utilizar durante el tiempo que emplea en la lectura...”

Sin duda que la lectura en los talleres de torcido era un paso de gigante en la educación de los artesanos, tanto peninsulares como criollos, dado que la mayoría de ambos grupos no sabía leer. En el inicio nadie se opuso a los lectores, pero en poco tiempo comenzaron las dificultades en cuanto a la selección de la obra que sería leída.

Apenas publicado el elogioso artículo de *La Aurora*, el *Diario de la Marina* dio comienzo a una fuerte campaña contra la lectura en los talleres. El gran caricaturista Víctor Patricio de Landaluze creó, en las páginas de *Don Junípero*, una fuerte crítica a la lectura en las tabaquerías bajo la alegación de que denigraba el trabajo al tiempo que le atribuían efectos perjudiciales para la economía y el orden público.

Las caricaturas de Landaluze se identificaban con la actitud de los tabaqueros, según el tipo de lectura: lecturas que entusiasman (todos brincando), lecturas que aprovechan (como un salón de clases), lecturas sentimentales (taller en llanto), y lecturas histórico-artístico-científicas (taller dormido).

La fuerte oposición del sector patronal y los periódicos que los representaban, hicieron que el capitán general Francisco Lersundi y Ormachea (1867-1869) prohibiera “distraer a los operarios de las tabaquerías, talleres y establecimientos de todas clases con la lectura de libros y periódicos, ni con discusiones extrañas al trabajo que los mismos desempeñan”.

La medida de Lersundi quiso ser justificada con el hecho de que los voluntarios habían asesinado a un joven lector de una tabaquería del pueblo de Bejucal, acusándolo de confabulación con el movimiento independentista. En realidad, el pensamiento de los opuestos al lector sigue vigente: mientras más inculto sea el obrero, más fácil es conculcarle sus derechos.

Terminada la guerra de los 10 años y pacificada la isla, en 1880 la lectura es restablecida, con los mismos errores de los propietarios y del gobierno que en 1865, el que los lectores fuesen pagados por

los tabaqueros y las lecturas elegidas por un “comité de lectura” designado por estos. Como la lectura consistía en “oír leer”, mientras hacían un trabajo manual rutinario, la influencia de las mismas en el pensamiento de estas personas humildes era determinante. La llegada de peninsulares con ideas anarquistas, encontró en la posición del lector el medio ideal para promover la organización laboral.

Basándose en la supuesta catolicidad del gobierno español y en la designación, por el papa León XIII, del primero de mayo como la Festividad de San José Obrero, los tabaqueros celebraron con actos públicos ese día en 1890, siendo la primera vez en el mundo que se celebró como tal. La falta de periódicos y los pocos libros disponibles hizo que las obras que les gustaban a los tabaqueros fuesen leídas una y otras veces, como fue el caso de Alejandro Dumas. De tanto oír el *Conde de Montecristo*, una de las marcas más reconocidas tomó, precisamente, el nombre de Montecristo.

Con la gran base de los tabaqueros, el movimiento obrero cubano celebró un congreso en el mes de enero de 1892, un éxito que movió a crear la Federación de Trabajadores de Cuba, representando los distintos oficios y con presencia en muchos pueblos y ciudades. Acordaron luchar por la jornada diaria de ocho horas y la igualdad de todos los trabajadores.

Como había sucedido en 1869, el inicio de la guerra de independencia llevó al gobierno español a prohibir nuevamente, en 1896, el uso del lector, que sería finalmente aprobado en la República. La presencia del lector siguió a los tabaqueros cubanos en su exilio en Cayo Hueso y Tampa, tanto que José Martí decía que la mesa de cada lector de tabaquería era una tribuna avanzada de la libertad.